



Tres encuentros en pretérito

Fanny Díaz

Una compilación de
fannydades.com



Contenido

Cromos	3
Cartas a la poste restante	6
Del SQTTP y más desubiques	10
La autora	12

Copyright ©Fanny Díaz
Copyright ©fannydades.com

Septiembre 2026

Ilustraciones generadas con IA de canva.com

Cuidado de edición: Fanny Díaz

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización de la autora.

1



Cromos

Pocas cosas tan deprimentes como esa melancolía del domingo que muere. A esta hora parecen caer una a una las desazones de todas las semanas (la que se va y la que entra) y los sueños inconclusos golpean tan duro como pueden. Una de mis tías llega al extremo de tener miedo de morir un domingo en soledad y que nadie la encuentre (ahí nacieron, me imagino, los encuentros familiares de domingo, conocidos en tantas geografías).

En verdad, son días tediosos de principio a fin. Comienzan invariablemente con música llanera a todo volumen (o en su defecto, cualquier otra folcloridad de estos tiempos de «mirar hacia adentro»). La patria despierta en el alma dominguera, que además le da por acompañar el joropo a viva voz –alma de gente que, estoy casi segura, jamás ha montado un caballo ni sería capaz de acercarse a una vaca–.

Definitivamente, el domingo nos vuelve mansos. No sé por qué, esa soledad de domingo nos insta a hacer cosas penosas, como llamar a alguien que no quiere saber nada de ti, y como sucede que a otros les pasa lo mismo, lo más seguro es que recibas una llamada exactamente de quien menos te interesa en este mundo. Y termines, pretendiendo exorcizar el tedio de domingo, en una tasca de Chacao con un electricista que te ofrece sexo a ritmo de vallenato, mientras repasas mentalmente todas las conexiones rotas de tu casa y lo que te ahorrarías con semejante trato. Pero la libido tiene sus propias reglas, y puede irse al piso con solo pensar en terminar con vallenato un día que empezó con joropo. Los ritmos patrios, parece, no son afrodisíacos.

Así descubrí que fue en domingo cuando alguien inventó aquella frase de que los hombres son como los teléfonos públicos caraqueños: los que sirven están ocupados y además tienen colas esperándolos. Sin darme cuenta, comienzo a tararear como si fuera la primera vez: «Am I just too picky?».

Y en medio de tanta mansedumbre concluyo que después de todo los domingos son siempre así, como si sobre el vestido le hubieran cosido mil parches y no importara ya la tarde que pasa sin pena ni gloria.

2



Cartas a la poste restante

Entrar por primera vez en una habitación «masculina» es un viaje singular. Descubrir aquí y allá lo que nos une y más allá lo que nos distingue, esas sorpresas que suelen aguardar en una esquina íntima, para nada parecida a la habitación de una amiga. Presiento que en realidad lo que más me gusta de los hombres es el juego de descubrir la diferencia, algo que me ha dado por llamar «el intercambio». Será por eso que me gustan tanto esos en los que puedo descubrir diferencia entre las diferencias. Será de allí mi afición a los «otros-otros». Sería por eso que su parsimonia terminó por conquistarme.

Lo conocí a través de una cartelera de avisos de intercambio de residencias de verano, donde yo ofrecía mi casa en Caracas y él su habitación en Brooklyn. El día anterior a mi partida llegó el alelado personaje a mi pequeño anexo. Su inglés de nuevo inmigrante resonaba como una canción infantil, en contraste con la afectación del mío, aprendido en una adolescencia de campamentos de verano.

Hacía ya tiempo que yo había pasado la edad en que aún se busca «señales» en cada evento, así que no me pareció nada trascendente la mirada profunda y triste de quien aún cree en el destino. Ese desasosiego de quien no tiene tierra, de quien siempre está de paso. Por mi parte, si alguna vez soñé con un príncipe, él se hallaba lo más lejos posible de aquella imagen.

Alguien dice que con mi suerte con los hombres debería probar alguna otra «alternativa». La verdad, lo he fantaseado un par de veces, pero invariablemente me imagino atormentada por el aburrimiento de lo similar –es decir, lo previsible–, asqueada por mis propias manías e indisposiciones al cuadrado.

Durante las próximas horas la marcopolo que me habita solo tuvo un pensamiento fijo: ¿Cómo sería estar con ese otro-otro? ¿Qué palabras diría alguien con quien apenas puedo compartir unas cuantas frases? ¿Habría algún preludio «cultural» preciso o al final no hay muchas variaciones en este planeta? Al tercer pensamiento estaba decidido: era mejor compartir mi verano con un viajero de Indias –que además era Otro– que meterme en el calor pegajoso de los agostos neoyorquinos.

De una u otra manera siempre termino enamorándome de alguien que se va, que está de paso o que conocí en un lugar donde no puedo o no quiero quedarme. Así, una parte de mí está lejos y los reencuentros tienen la emoción adicional de una especie de «recuperación». Así, puedo manejar como «normal» esta separación con la que vivo desde ¿siempre?, justificar el casi nunca estar completamente instalada en el mundo y esta mirada perdida que forma parte de mi cara desde que me conozco. Además del glorioso intercambio, claro está.

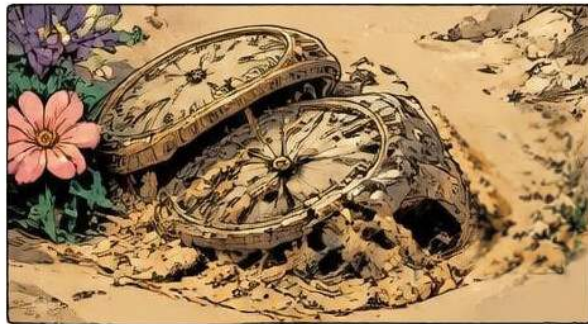
¡Ja!, si pudiéramos aprender a leer «señales» el mundo sería un lugar menos peligroso, aunque –admitámoslo– aburridamente previsible. Largo amor a control remoto... snail mail, a ratos regalos fedex, teléfono, email, chats, videollamadas... veranos aquí y allá, uno que otro invierno... Nada mal para no ser mi príncipe, nada mal para la intrascendencia de una cartelera de verano, de una era que acorta la distancia.

Sobre la arena de la playa de Patanemo –nuestro último encuentro–, él escribió su alfabeto para que yo no olvidara frases que le había costado seis años enseñarme, las mismas que todos los amantes se han enseñado por siglos.

Tres encuentros en pretérito ~ Fanny Díaz

Anoche en el metro escuché hablando alguna lengua y al instante reconocí aquella que fue querida a través de alguien querido. Escuché el sonido ronco y percutivo que alguna vez confundí con todos los amores de toda la historia. Supe que algunas veces vale la pena dejarse a la suerte. Volví a encontrarme con mi afición por los intercambios y comprendí que si había alguna señal sería que la historia personal se queda ahí, a pesar de uno mismo, del tiempo y del otro.

3



Del SQTTP y más desubiques

Ayer me pasé más de cinco horas con quien si la vida fuera perfecta sería mi «alma gemela». Pero la vida no es perfecta, y para colmo yo parezco haber perdido cualquier capacidad de atisbar si le gusto a alguien o en su defecto, hacer que le guste. Y por si eso fuera poco, un extraño talante de camaradería que siempre tuve ahora se ha convertido en mi segunda naturaleza: ya los hombres no me miran, soy su camarada... Siento que cada vez que conozco a un tipo que podría gustarme, su pensamiento más libidinoso es: «¡Qué tipa tan pana!».

El camino recorrido para llegar hasta aquí es un total misterio para mí. Pudo haber comenzado en la escuela, cuando mis mejores compañeros de juego eran «varones». O más tarde, cuando me hice adicta a los cómics guarros y a unos cuantos otros «gustos nada femeninos», tiempos rebeldes en los que se pierde no solo a las amigas sino también las cadencias mujeriles que suelen compartirse en cofradía.

O puede haber sido un día de esos en que una mujer se aburre de estar siempre «coqueta» y se deja «llevar por la vida», como decían las tías. O más bien aquel otro en que todas mis amigas se casaron y me vestí de monjita para evitar cualquier punzante advertencia sobre la «amiga solter...a».

Pero bien podría tratarse de una venganza de la vida por haber trocado en simpáticas amistades lo que quizás hubieran podido ser grandes amores (ahora me doy cuenta de la cantidad de «mejores amigos» a los que pretendí conservar con la mágica frase de «Lo nuestro es una gran amistad, no la echemos a perder»).

O más certeramente: lo peor de los divorcios, separaciones y similares es que tanto tiempo sin ejercer el cuidadoso oficio de la seducción te deja desentrenada, y como la seducción además depende mucho de cambios históricos... incluso un año de relación estable puede convertir tus alguna vez exitosos métodos de seducción en simple zamurería extemporánea.

Total que tan principescos asuntos se me fueron de las manos y mi libreta de direcciones está llena de panas, mejores amigos, «amistades creativas» (un eufemismo usado para los tripeos con ciertos panas) y afines.

De este ser digamos casi perfecto tuve que despedirme con un abrazo de oso que ni Homero Simpson. Ya como que vamos a tener una columna conjunta, cuatro conciertos donde voy a leer poesía envuelta en una toalla, un programa de radio y no sé qué otra cosa... o seaaaaa... camaradería pura y dura, pues. De aquí en adelante, ni soñar... ¿Será esto del «¡Qué tipa tan pana!» apenas un síndrome, pasajero como cualquier SPM? ¿O podría tratarse de un gen que se deforma con los años para conformar una subtipología femenina? ¿O simplemente la próxima vez que consiga un tipo que me guste tendré que ponerle la mano allá para que se entienda bien a la primera?



La autora

Fanny Díaz (Venezuela) es egresada de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. En 1998 crea la webzine literaria fannydades.com, que más tarde se transforma en un fanzine personal. Fue columnista de la revista *Sambil* de Caracas. Desde 2010 vive en Israel. Es moderadora del club de lectura del Instituto Cervantes de Tel Aviv. En el área editorial realizó estudios de edición en Holanda y trabajó en importantes instituciones venezolanas como coordinadora editorial. Es socia de la Unión de Correctores (UniCo). En la actualidad trabaja como gestora de contenido para tiendas de Amazon.

«Supe que algunas veces vale la pena dejarse a la suerte. Volví a encontrarme con mi afición por los intercambios y comprendí que si había alguna señal sería que la historia personal se queda ahí, a pesar de uno mismo, del tiempo y del otro».

Tres encuentros en pretérito

Algunos encuentros, por efímeros que sean, se quedan viviendo en algún rincón de la memoria, aunque uno ya no recuerde muy bien qué hacían allí. Entonces decides convertirlos en historias.

Un domingo caraqueño, un amor de paso que permanece por años, unos cuantos hombres que prefirieron verte como pana.

Cromos. Cartas a la poste restante. Del SQTTP y más desubiques.

Tres encuentros que no tenían por qué convertirse en historias. Pero aquí están.



Una compilación de
fannydades.com

